

Sección de Información y Cultura

MI PERSONAJE INOLVIDABLE

*Romero López
Arturo*

Fue en el año 1958 cuando inicié el internado obligatorio en el Hospital San Juan de Dios, en el Servicio de Infectocontagiosos donde lo ví por primera vez. Desde 1950 año que viví en El Salvador tenía interés en conocerlo, ya que su figura me era familiar pues en visitas ocasionales que realicé a barrios suburbanos en San Salvador observaba en diferentes tugurios las paredes llenas de Santos, como es costumbre latina y el retrato recortado de periódico y enmarcado con toda curiosidad de ese líder salvadoreño. Cuando les comunicaba mi nacionalidad costarricense, indagaban solícitamente por este personaje que desde ya hacía varios años residía en Costa Rica como exiliado político.

Desde esa fecha iniciamos nuestra amistad sincera y recíproca y a partir de entonces fue para mí guía, profesor, amigo, consejero. Me indujo al estudio de Salud Pública, disciplina en la que nunca obtuvo diplomas universitarios que lo acrediten como tal, a pesar de que muchos lo consideramos en esa época el sanitarista número uno de Costa Rica y de los mejores especialistas que he visto en ese campo. En cada oportunidad que tuve de convivir con él admiraba su capacidad. Pocos han conocido mejor a nuestro territorio patrio, a nuestros líderes campesinos a quienes reconocía por su nombre. Cuando tuve oportunidad de escucharlo en una charla, me sorprendía su forma fácil de adaptarse al auditorio. A nivel de nuestros pueblos cuando a él se dirigía, del mayor nivel científico cuando lo hacía con colegas. Abordaba cualquier tópico con facilidad y sabiduría.

Observador nato, no perdía detalle de cualquier cosa y apovechaba el menor ofrecimiento para obtener el máximo en beneficio para la comunidad. Defendía los derechos y necesidades de los pueblos con un énfasis, como si fuese su ciudad natal.

¡Que resistencia! En múltiples ocasiones con motivo de reuniones sociales a las que acudía, especialmente por obtener compromisos que luego le servían para mejorar los servicios sanitarios, de esa comunidad, llegaba a su hogar en horas de la madrugada y otro día de nuevo iniciaba sus labores a temprana hora.

Tantos años de conocerlo y nunca le escuché expresarse mal de ningún colega. Aún cuando le hubiesen cometido alguna desconsideración o grosería en especial por no ser nacido en Costa Rica. Lo callaba y lo que era más grandioso no guardaba rencor.

A pesar de ser uno de los primeros dermatólogos nacionales, a pesar de sus conocimientos de medicina interna, medicina tropical, etc., aún cuando tuvo la oportunidad de labrar una fortuna en el ejercicio privado, no pensó dos veces la decisión de sacrificar su clientela con grandes beneficios económicos, en favor de poder realizar el programa de su vida: Las Unidades Móviles Rurales. Conocía él, que en esa forma llevaba asistencia a pueblos desprotegidos, proyectando la salud en las áreas en las cuales nadie las había proyectado. Ese movimiento de unidades móviles, si bien fue resultado de la financiación económica del M.S.P. y de Alianza para el Progreso, es el fruto del desvelo, inquietud y preocupación de este hombre.

Otra gran preocupación que durante su vida llevó, fue el acercamiento de los servicios médicos a la Escuela del lugar. Con justificada razón creyó que dentro de nuestras actuales circunstancias, es a través de los maestros como podemos mejorar nuestra educación en salud; proyectándonos a zonas ultra rurales como las llamaba; aún pocos días antes de su trágica muerte terminó un folleto de enseñanza para esos maestros. Me comentaba que afrontaba el riesgo de ser criticado por los colegas que juzgaban esa actitud como de fomento al empirismo, pero que lo hacía conociendo como él que más, que en muchas regiones del país no llegaban los servicios médicos y que eran los maestros los que podían realizar los servicios primarios de salud y que para ellos iba dedicada esa publicación.

Hacer mención a la figura inolvidable del Dr. Arturo Romero López, resulta difícil, ya que todos los aspectos de su vida han sido analizados, a través de los diversos y espontáneos homenajes que con motivo de su deceso ha recibido, de las diferentes entidades con las cuales él trabajó, así como de su querido pueblo costarricense con el cual convivió.

Al rendírsele homenaje póstumo en una Asociación de Salud Pública, se está haciendo justicia a una de las fases importantes de su vida. Digo a una de las fases, porque cualquier manifestación de recuerdo del Dr. Romero es de reconocimiento y justifica un homenaje cariñoso. El Dr. Romero fue médico Internista, médico de familia, médico de pueblo, médico dermatólogo, médico leprologo, pero especialmente médico de Salud Pública. Y en todas las ramas que abordó, lo hizo con gran capacidad. Pero además de todas esas fases del Dr. Romero, considero que la de mayor magnitud fue la de MAESTRO. Niños, jóvenes, padres de familia, maestros, profesores y profesionales recibimos enseñanzas del Dr. Romero. Su lenguaje se adaptaba a las circunstancias. Lo recuerdo en una gira a Puntarenas. Se nos extravió en la mañana y al localizarlo lo encontramos dándole una charla a niños pre-escolares de un orfanatorio, sentados en el césped. Hablándoles del hierro de los clavos, de sus flores de ayote, de los pitos de poró, de su higiene personal.

Esa misma tarde, reunión con maestros hablándoles de enfermedades venéreas, y de educación sexual a los niños. Más tarde, reunión con los médicos porteños en la cual lo escuché dando la mejor conferencia que hasta hoy he escuchado sobre enfermedades de la piel. Para finalizar, por la noche reunión de padres de familia exponiendo su clásica charla sobre los servicios que presta la Unidad Sanitaria. Estoy seguro que cada uno de los que escuchamos nos asombramos de la forma sencilla y práctica en que agotaba el tema.

Como elemento de la vida pública recibió críticas en algunas actuaciones. El las conocía, pero siempre caracterizado por su decencia y cultura fue incapaz de referirse a nadie en términos despectivos.

Después de la lucha cívica que lideró en El Salvador y que puso en peligro su vida, razón que para nuestra suerte lo obligó a emigrar a Costa Rica, siempre respetó nuestra hospitalidad, sin involucrar a Costa Rica en actividades subversivas.

Sin embargo siempre siguió con dolor la situación sociopolítica de El Salvador. Cuando al cabo de unos años regresó como héroe a su país con el ofrecimiento de la Rectoría de la Universidad, en circunstancias extrañas no aceptó esa posición. Cuando le pregunté cual era esa razón me indicó que lo hacía porque conocía que movimientos de extrema pretendían aprovecharse de su caudillismo y que él no podría prestarse para ese juego. Al no aceptar sus condiciones regresó a Costa Rica a concluir su obra.

Murió como debía ser, unido a su esposa Doña Coralía, con decenas de niños que Dios no les dió en su hogar, pero por los que luchó, para que tuvieran un futuro mejor y en una gestión cultural de beneficiencia y de unión de dos pueblos centroamericanos que curiosamente no eran su Patria.

Ese es mi personaje inolvidable. ¡Cuántos Arturo Romero necesita Centroamérica!

Dr. Jorge Arguedas G.

Unidad Coronaria Alvaro Aguilar Peralta:

"EL AMOR Y LA CIENCIA AL SERVICIO DEL CORAZON"

"Cuando el muro de la vida se adelgaza y cuando ya por transparencia se ve la eternidad, debe quedarnos la satisfacción íntima de haber luchado hasta la agonía por mejorar el mundo que nos tocó vivir..."
